

ENTREVISTA

Teñir de verde el liberalismo*

Una conversación entre Robert E. Goodin** y Andrew Dobson***

Andrew Dobson. Vd. cuenta con una larga y distinguida trayectoria como filósofo político. Sus escritos giran sobre un espectro de temas muy amplio. El libro que le dio más renombre en el contexto medioambiental es su *Green Political Theory*.¹ ¿Ha sido un proceso de evolución natural de pensamiento lo que le condujo a escribir ese libro o simplemente sintió que debía volcar su atención en una serie de temas que después de todo ocupaban el primer plano en la agenda política del momento?

Robert Goodin. El auge político de los partidos Verdes hacia finales de los ochenta, cuando escribía *Green Political Theory*, fue sin duda un acicate importante para la elaboración del libro. Entonces parecía posible un inminente acceso al poder político real y parte del tema de ese libro era ayudar a los verdes a organizarse prácticamente para acceder y compartir el poder sin sacrificar sus principios fundamentales. Pero al final pasó toda una década antes de que se abrieran camino en Alemania y sólo el tiempo dirá si esa suerte de «gestión flexible en función de principios firmes» es capaz de resistir las tensiones propias del gobierno. No hace falta decir que estoy encantado con el curso de las cosas hasta ahora y orgulloso de la mínima parte de mi libro que haya podido tener influencia en ese proceso.

Sin embargo, mi interés por las políticas medioambientales es anterior a ese libro. Como cualquier niño crecido en los pueblos y suburbios del medio-oeste americano, pasé buena parte de mi infancia explorando los bosques y lagos cercanos. La afición por la naturaleza fue la que, siendo todavía estudiante, me convirtió en un fervoroso participante de las actividades del primer *Día de la tierra*. Ese interés tomó un giro académico cuando L.K. (Keith) Caldwell me preguntó si me gustaría hacer un proyecto de licenciatura sobre los preparativos de EE.UU. para la Conferencia de Estocolmo sobre Medio Ambiente que tendría lugar el verano siguiente, entrevistando a los funcionarios del Departamento de Estado de EE.UU. y acompañándoles en los encuentros preliminares en la ONU, en Nueva York. Seguí usando los dilemas medioambientales como un caso crucial del análisis que vertebra la teoría de la «racionalidad política», algo que desarro-

* Traducción del original de Lília Friero.

** Profesor de Filosofía de la Research School of Social Sciences, Australian National University, Canberra ACT 0200, Australia. Email: goodinb@coombs.anu.edu.au.

*** Profesor de Ciencias Políticas, University of Keele, Staffs. ST5 5BH, RU. E-mail poa15@cc.keele.ac.uk.

llé en mi tesis doctoral en Oxford.² En mi crítica de la energía nuclear orienté esos intereses medioambientalistas más bien hacia una «ética aplicada».³

Como Vd. bien dijo, he realizado muchas otras cosas a lo largo de una obra dedicada a la filosofía y a la política medioambiental (un colega me ha definido correctamente como «intelectualmente promiscuo»; es una definición que me gusta), pero mi vena medioambientalista tiene hondas raíces en mi obra y manifestaciones recurrentes a lo largo de toda mi carrera académica.

A.D. Vd. se ha referido al acceso de los verdes al poder. Ésta es la parte de su *Green Political Theory* que cae bajo el título general de la «Teoría verde de la acción». *Green Political Theory* comienza con el desarrollo de una «teoría verde del valor» y uno de los aspectos fascinantes de este libro es cómo ve Vd. las relaciones entre ambas teorías. ¿Podría referir en líneas generales en qué consisten estas relaciones, describir cómo las ve y cómo se relaciona su propuesta normativa con lo sucedido en las elecciones alemanas de este año.

R.D. En síntesis, mi argumento en *Green Political Theory* es que el núcleo de los intereses verdes, tanto filosóficos como políticos, derivan de cierta actitud ética respecto a una creación que no es producto del hombre. Al igual que los capitalistas y los marxistas, también los verdes tienen una «teoría del valor» propia. Así como aquéllos confieren valor al capital y al trabajo, respectivamente, la teoría verde del valor otorga un valor particular a los recursos naturales en cuanto tales, y esto en virtud de su origen natural. En la misma medida que la historia y el proceso de su creación fue natural y no conformado por la mano del hombre, las cosas naturales nos proporcionan a los humanos un contexto exterior a nosotros mismos dentro del cual situar y dar sentido a nuestras vidas.

En *Green Political Theory* intento demostrar que es posible percibir el núcleo de esta «teoría verde del valor» en la base de todos los demás principios verdes más específicos. En cierto modo, se trata de una pretensión megalomaniaca, por supuesto, pero es una pretensión digna de plantearse por una razón importante: si se puede mostrar que el mismo valor subyace a toda la plataforma fundamental del programa político verde, entonces constituye un argumento de peso para pensar que, lógicamente, hay que digerir la totalidad del programa verde. Si lo que confiere valor a una parte del programa verde es lo mismo que confiere valor al resto del programa, entonces se trata de una buena razón para pensar que otros partidos no-verdes se equivocan cuando piensan que pueden adueñarse de algunas políticas verdes sin adoptar todo su conjunto.

Al pasar de los principios a la práctica —de la «teoría del valor» a la «teoría de la acción»—, entran en juego otra serie de preocupaciones verdes clásicas. Lo que yo denomino «teoría verde de la acción» incluye toda una serie de intereses concernientes a «estilos personales de vida», junto a toda una serie de cuestiones ligadas al modo como se supone que los partidos políticos verdes se organizan y conducen sus asuntos —especialmente en el contexto de una teoría política. Mientras escribía *Green Political Theory*, los partidos políticos verdes de todo el mundo parecían uniformemente comprometidos (casi hasta el punto de ser definidos por ello) con un cierto estilo político: no jerárquico, descentralizado, participativo. Por loables que fueran estas aspiraciones en muchos sentidos, me daban la impresión de ser independientes de los ideales específicos

que describí en la «teoría verde del valor». Quedarse fijados en esas aspiraciones me parecía equivalente a poner el estilo por encima de la sustancia con un coste potencial considerable para lo que realmente les importaba a los verdes en términos de logros políticos sustantivos.

En la disputa entre *fundis* y *realos*⁴ siempre sostuve que los verdes indudablemente deben defender con celo fundamentalista determinados valores fundamentales, pero también observé que los verdes deberían tener claro qué es lo fundamental de su núcleo de valores y reconocer los rasgos definitorios de los valores secundarios —cosas en las que han de transigir cuando sea necesario en la persecución de los valores fundamentales. Me gustaría creer que eso es precisamente lo que *Die Grünen* han hecho para llegar al gobierno en Alemania y que es precisamente lo que harán en el gobierno: pero eso, naturalmente, sólo el tiempo lo dirá.

A.D. Me gustaría volver sobre sus recientes afirmaciones sobre la teoría verde del valor, porque las considero muy importantes con respecto a los vínculos entre liberalismo y medioambientalismo.⁵ Pero antes sería digno de destacar como algo extraordinario la poca atención que se ha prestado a esa relación. Y digo extraordinario porque no es necesario creer en la tesis del «final de la historia»⁶ hasta sus últimas consecuencias para admitir que el liberalismo prevalece en gran parte del mundo, ya sea de hecho o como aspiración. Llama la atención entonces que el medioambientalismo —tanto si se autodefine como desafío al liberalismo o como compatible con él— haya tenido tan poco que ver con el liberalismo. Gran parte del análisis comparativo de la etapa inicial estuvo enfocado al socialismo y al feminismo debido, sospecho, a que todas estas formas de pensar y de actuar parecían formar parte de la agenda del «nuevo movimiento social». ¿Estaría Vd. de acuerdo en afirmar que ese terreno está subexplorado y, en tal caso, tiene alguna explicación de por qué podría ser así?

R.G. Bueno, parte de la respuesta está seguramente en que los liberales se pueden permitir un liberalismo aligerado, ya que el liberalismo ha sido filosóficamente la «opción por defecto» durante buena parte de los dos últimos siglos en todo el mundo occidental. El liberalismo, en cualquiera de sus variantes, se sobreentiende, salvo que uno se pronuncie en otro sentido. Uno no necesita pregonar sus compromisos paralelos con el medioambientalismo y el liberalismo, como sí se vería en cambio obligado a profesar clara y expresamente que se adhiere a la vez al medioambientalismo y al socialismo, por ejemplo. Tampoco decir que uno es a la vez liberal y medioambientalista revela mucho sobre la naturaleza de las razones que se tienen para ser medioambientalista, como sería el caso si fuese eco-feminista, por ejemplo.

El liberalismo tiende más a delimitar el tipo de argumentos que pueden darse por ser medioambientalista que a implicar efectivamente una línea específica de argumentación. A lo sumo, el liberalismo (entendido más como una disposición que como una filosofía) podría implicar una amplitud mental —una cierta actitud de «vivir y dejar vivir». Dentro del mundo social eso se manifiesta en la típica actitud liberal de tolerancia hacia las diferentes formas de vida. Quizá la misma disposición a «vivir y dejar vivir» aplicada al mundo natural podría dar lugar a un compromiso para «pisar la Tierra con suavidad».

Pero, más allá de esto, el liberalismo parece más un obstáculo que una ayuda

para generar un medioambientalismo robusto. Después de todo, el liberalismo surgió filosóficamente del humanismo ilustrado; y su actitud de «vivir y dejar vivir» se aplica ante todo a la vida humana. El liberalismo parece histórica y filosóficamente comprometido a dar prioridad al ser humano sobre las otras especies, y a impedir que se imponga ninguna teoría del bien a quienes no la abracen por sí mismos. Al plantar cara a cualquier forma de absolutismo, el liberalismo parece enfrentarse por igual al ecologismo profundo y a la teocracia en cuanto manifestaciones de actitudes básicamente antiliberales.

Los liberales que deseen ser medioambientalistas y de izquierda, sólo pueden escoger en apariencia entre diversas formas de teorías verdes «light». En la medida en que el respeto al medio ambiente sea bueno para nosotros, los humanos, de una manera que los propios seres humanos lo reconozcan —o lo puedan eventualmente reconocer— pueden entonces plantear a los liberales exigencias medioambientales. Esto funciona a la perfección en muchos casos. Al fin y al cabo es de lo que se trata, a la economía tradicional de recursos: las razones estrechamente prudenciales y autointeresadas, que podríamos tener para proteger los recursos naturales. Esto es de lo que versan, en definitiva, la mayoría de los discursos recientes sobre sostenibilidad: la prudencia a largo plazo de proteger nuestro futuro y de quienes nos importan. Aún más: entre quienes nos importan podrían estar nuestros descendientes de varias generaciones, o nuestra especie, o incluso las diversas especies con las que compartimos el globo. Así ampliada, la demanda de prudencia puede llegar muy lejos. O puede que no. Eso depende, en la versión liberal estándar, de lo que elijamos: de cómo concibamos los límites de nuestros «yoes» y de cómo esos «yoes» conciban sus valores y compromisos. Esto hace embarazosamente contingente cualquier posible demanda que nos planteara la naturaleza. Los ecologistas radicales insisten, con razón, en que eso no puede ser lo justo. Las demandas de la naturaleza no pueden depender por completo de nuestros caprichos, de las peculiaridades de nuestros gustos, y de autoconcepciones, tal como las presenta la teoría liberal. Esto es a mi juicio el mayor desafío al que tienen que enfrentarse los posibles liberales medioambientalistas.

Los liberales abordan ese problema de diversas maneras. Los bienes medioambientales pueden ser «necesidades básicas» (o, en términos de John Rawls «bienes primarios»):⁷ cosas que es preciso tener, independientemente de lo que se quiera hacer en concreto. El problema de esta línea de argumentación es que no ofrece una lista muy larga de bienes medioambientales especialmente privilegiados. Los liberales pueden argumentar de esta manera contra el aire y el agua contaminados, pero no mucho más allá.

Mi propia solución al problema es postular, como hecho psicológico en bruto, que la mayoría de nosotros desea ver sus vidas dentro de un contexto «más grande», «exterior a nosotros mismos», «que no sea un producto nuestro». Por supuesto, hay muchas cosas que podrían expresar la misma necesidad. Tradicionalmente lo ha hecho la religión, y tal vez todavía lo haga para quienes puedan reunir fe en ella. Nuestro país, tribu o linaje podría cumplir esta función para otros. Por lo tanto, el medio ambiente no es de ninguna manera lo único capaz de responder a esta apetencia humana. Más aún, pienso que muchos de nosotros valoramos la naturaleza sólo por esa razón. Y creo que captamos cada vez más este valor en la naturaleza en la medida que lo vemos desaparecer, en que constatamos que las «huellas digitales de la humanidad» ensucian más y más lo que alguna vez pensamos como pura naturaleza. Todo, desde la basura espacial hasta el

cambio climático, parece manifestar en términos generales una especie de «impertinencia cósmica».⁸

Evidentemente, este modo de resolver el problema continúa reduciendo el valor de la naturaleza —si bien de manera particularmente profunda— a su valor relativo a los seres humanos. Los ecologistas radicales seguirán estando insatisfechos. Pero pienso que esto, o algo parecido, es lo mejor que los liberales (*qua* humanistas) pueden hacer. La naturaleza puede muy bien ser valiosa, independientemente de cualquier valor que los seres humanos le asignemos (así como las verdades matemáticas pueden ser verdaderas, independientemente de nuestra capacidad para demostrarlas). Pero valorar supone la conjunción de valores y evaluadores, y los seres humanos son los únicos —junto a muy pocas otras especies— que poseen capacidades cognitivas aptas para apreciar valores.

A.D. Vd. tiene razón, por supuesto, cuando dice que la tradición liberal tiene recursos que la habilitan para articular y hasta para defender un tipo particular de interés medioambientalista. Pero Vd. no ha mencionado precisamente uno, el discurso de los derechos liberales, que recientemente dio gran repercusión al movimiento a favor de los derechos de los animales. También se ha intentado ampliar este discurso para dar cabida a partes del mundo no humano que se extiende más allá del mundo animal, aunque creo que con menos éxito. Quizá esto señala los límites del encuentro entre liberalismo y medioambientalismo.

También coincido en que la teoría de la justicia de Rawls se puede interpretar en un sentido favorable al medioambientalismo. Me pregunto qué opina Vd. del principio del «justo ahorro» como vía de encuentro con los intereses concernientes a la sostenibilidad que animan a muchos medioambientalistas. ¿Puede ser usado para generar una especie de «principio de contención» (como el que Michel Wissenburg ha articulado recientemente)⁹ que permitiría a los liberales pronunciarse a favor de la preservación de la «naturaleza pura», a la que Vd. se refiere?

Me parece que el problema básico entre los liberales y los medioambientalistas más radicales es que ese tema se expresa generalmente en unos términos que se asocian a la idea de la «vida buena», sobre la cual los liberales (o, por lo menos, el Estado liberal) se supone que es imparcial. Las observaciones que Vd. mismo acaba de hacer parecen apoyar esto, en el sentido de que la naturaleza estaría ocupando el lugar de la religión, como deseo de ubicar nuestras vidas en el contexto de algo «exterior a nosotros». Su «teoría verde del valor» y el tipo de políticas a las que podría apuntar, ¿no implican acaso una noción de la «vida buena» que como tal los liberales no pueden suscribir? Y, en la medida que su teoría verde del valor capta algo de aquello en que creen los medioambientalistas radicales —y considero que lo hace admirablemente—, ¿no ha puesto en evidencia su propia obra que la distancia entre el proyecto liberal y el medioambientalismo radical es muy grande?

R.G. El lenguaje de los derechos es ciertamente otro ejemplo de cómo los recursos del liberalismo podrían estirarse para proteger una esfera más general del reino animal. Carole y Roy Pateman y yo hemos argumentado precisamente sobre esas bases a favor de un habitat para los (otros) grandes simios.¹⁰ Pero, por útil que pueda resultar el lenguaje de los derechos para proteger a los grandes primates, comparto sus dudas en cuanto a que se pueda llegar muy lejos por esa vía en la creación de protecciones más

amplias para todo el reino animal, como pretenden los medioambientalistas, y mucho menos aún para la naturaleza inanimada (árboles, cañones, etc.).

En esa línea quizá podría tener más éxito el deber más general de *proteger lo vulnerable* —en todo caso, eso es lo que planteo en mi libro que lleva ese título.¹¹ Bajo ese título comprendo las demandas tanto del medio ambiente natural como de las futuras generaciones. Pero, por supuesto, lo que signifique *proteger* a las generaciones futuras vulnerables depende en gran medida de cómo construyamos sus «intereses», que es lo que tal principio nos exige que aportemos para protegerlas. Economistas como Wilfred Beckerman tienen una marcada debilidad por la posibilidad de sustituir una cosa (tecnología o placer) por otra, y eso les lleva a la conclusión de que la mejor manera de proteger a las futuras generaciones es dejarlas más ricas que a las actuales, aun cuando eso signifique permitir que su medio ambiente se deteriore en ese proceso.¹² Para discutir esta conclusión pienso que hay que hablar con los economistas, dejando a un lado la idea de que todo es canjeable hasta el límite de lo posible. En *Green Political Theory*¹³ ofrezco un esquema de cómo hacerlo. Pero se requerirá un trabajo mucho más arduo en la esfera de la filosofía de la economía antes de que seamos capaces de conseguir directamente la «sostenibilidad medioambiental» a partir del «principio del ahorro justo».

En definitiva, estoy abandonando la idea de que mi «teoría verde del valor» sería la apuesta más segura para obtener una protección general de todas las cosas que los medioambientalistas quieren proteger. Y, por supuesto, tiene Vd. razón al observar que ese principio puede ser invocado en sentido liberal o antiliberal. Es liberal en la medida que la gente adopte —o *pueda ser persuadida a adoptar*— esa actitud a favor del medio ambiente. Pienso que mucha gente, si reflexiona, admite que, en definitiva, esa teoría articula al menos una parte de lo que aprecia del medio ambiente y, en la misma medida en que se persuada de ello, la acción política que postula mi teoría verde del valor respetará y actuará sobre las preferencias más profundas de esas personas. Éste es el propósito de mi argumentación al escribir *Green Political Theory*, un propósito esencialmente liberal (liberal democrático, en realidad).

Pero hay quienes querrían ampliar esos mismos argumentos generales para justificar la imposición de la concepción de la vida buena contenida en mi «teoría verde del valor» a gente que no la comparte ni puede ser persuadida de compartirla. Yo mismo me resisto a promover esos argumentos en este sentido antiliberal. Es posible que precisamente mi liberalismo esté sacando el mejor partido de mí, pero sospecho que mi renuencia será compartida por muchos verdes (comprometidos como están con la toma de decisiones descentralizada y participativa).

Además del compromiso con valores más profundos, hay otro tipo de objeciones filosóficas más técnicas para imponer a la gente mi teoría verde del valor. Un problema es que el medio ambiente no es el único modo de colocar nuestras vidas en el contexto de algo «exterior a nosotros». He dicho que, como alternativas, se podría poner la vida en el contexto de nuestro dios o de nuestro grupo (raza, clase, nación, familia). Mi teoría verde del valor escoge uno entre muchos contextos posibles «exteriores a nosotros» donde ubicar nuestra vida. Supongo que en esto concordamos muchos de los que nos denominamos verdes, y supongo que muchos otros podrían llegar a valorar el medio ambiente de esa manera cuando se den cuenta de ello. Eso es todo lo que exijo para la aplicación democrático-liberal de mi teoría política verde. Pero salvo señalar los excesos del racismo, del nacionalismo y de la religiosidad, excesos que podrían verse reflejados

en los excesos de los eco-terroristas no puedo ofrecer otros argumentos para pensar que el medio ambiente sea superior a esos otros contextos para dar sentido a nuestras vidas. Eso es lo que debe aportar quienquiera que desee imponer mi teoría verde del valor a los reacios.

A.D. Lo que Vd. está sugiriendo es muy similar a la posición adoptada por Brian Barry en *Justice as Impartiality*.¹⁴ Barry da el ejemplo de una disputa en torno a la construcción de una presa. Si la presa se construye, una especie de peces en peligro de extinción puede desaparecer —cosa que horrorizará a los que posean una concepción ecocéntrica del bien (como la supuesta en su teoría verde del valor). En el planteamiento de Barry, los ecocéntricos tienen todo el derecho a defender su causa durante el proceso de toma de decisiones, pero si se toma la decisión de construir la presa mediante un procedimiento aceptado como imparcial, entonces los ecocéntricos deben aceptar el resultado como justo. ¿Cuadra esto con su idea?

Una objeción que se podría hacer a la tesis de la imparcialidad liberal es que el compromiso con un procedimentalismo minucioso, como el que supone, hace difícil discutir sobre el principio de la «vida buena», ya que su importancia queda sistemáticamente subordinada al procedimiento mismo. Creo que es el tipo de objeción hecha por Alasdair MacIntyre, en *Whose Justice? Which Rationality?* cuando dice que «un orden liberal [...] es aquel en el que cualquier concepción [sobre el bien humano] puede plantear sus demandas, pero no puede hacer nada más dentro del marco del orden público, ya que ninguna teoría general del bien humano se considera justificada. Por lo tanto, en este nivel, el debate es forzosamente estéril: alegatos rivales acerca del bien humano o de la justicia asumen necesariamente una forma retórica, ya que es en términos de aserción y contraaserción —y no de argumento y contraargumento— como los puntos de vista rivales se confrontan unos con otros».¹⁵ Continúa diciendo que «lo que se ha puesto en evidencia [...] es que gradualmente se asigna menos importancia al hecho de alcanzar conclusiones substanciales y, cada vez más al de continuar el debate, en beneficio del debate mismo».¹⁶ Al parecer, MacIntyre estaría sugiriendo que el orden de la imparcialidad liberal desensibiliza o deshabitúa a la gente a pensar en términos de «vida buena». Me pregunto si esta idea le despierta alguna simpatía y si esto significa, suponiendo que MacIntyre tenga alguna parte de razón, que es improbable que del suelo del liberalismo brote alguna vez la planta del ecocentrismo.

En el contexto más general de nuestra discusión sobre la relación entre medioambientalismo y liberalismo, parece que no sólo debiéramos considerar las diversas especies de medioambientalismo (radical o reformista, ligero o espeso, profundo o superficial), sino también las diversas especies de liberalismo. A la luz de las diferencias entre Barry y MacIntyre, ¿podríamos suponer que el liberalismo *perfeccionista* es el candidato a ser compatible con el medioambientalismo radical, el de la «vida buena»? Joseph Raz, por ejemplo, considera que «la vida autónoma tiene valor sólo si se invierte en el logro de proyectos y relaciones aceptables y valiosos. El principio de autonomía permite e incluso requiere que los gobiernos ofrezcan oportunidades moralmente valiosas y que eliminen las repudiables».¹⁷ Esto parece legitimar el lenguaje de la «vida buena» verde de una manera en que no lo hace la imparcialidad liberal. ¿Significa esto que un verde (es decir, alguien que respalde su teoría verde del valor) que también fuera liberal, está comprometido con el liberalismo perfeccionista más que con el de cualquier otro tipo?

R.G. Dudo que el perfeccionismo sea exactamente lo que los medioambientalistas pretenden, porque normalmente se refiere a la «perfectibilidad *del hombre*» (para decirlo con el título del excelente libro de mi colega John Passmore).¹⁸ Presumo que el perfeccionismo que quieren los medioambientalistas no es exactamente un precioso perfeccionamiento moral de nosotros mismos. En términos generales, noto que nos hemos deslizado de hablar del bien a hablar de la «*vida buena*», algo que, otra vez, está cargado de implicaciones antropocéntricas. Desde un punto de vista medioambientalista, la *naturaleza* es seguramente un bien con valor en y por sí mismo y ésta es la razón por la cual debemos empeñarnos en protegerla. Cuando repetimos esto de manera egomaniaca, como una exigencia que recae sobre *nosotros*, por el hecho de que *nosotros* somos capaces de llevar vidas buenas o autónomas, estamos ofreciendo una descripción pobre de lo que es moralmente importante desde un punto de vista medioambientalista.

Por supuesto que la política, en última instancia, se trata de las personas y de decidir sobre sus demandas rivales. En este proceso no hay sitio para los valores desligados de sus evaluadores. Por eso, al decidir entre concepciones rivales del bien se está decidiendo sobre demandas rivales de personas particulares acerca de lo que es justo, verdadero y bueno. Naturalmente, recurrimos a ciertos procedimientos para concluir dicho proceso de deliberación, para decidir la cuestión (o, como suele ser la solución liberal, para decidir dejarlo sin una decisión). Siendo realistas no podemos convivir sin que existan algunos de estos procedimientos y sin que sean aceptados, en general, como determinantes tanto por los perdedores como por los ganadores.

Pero por mucho que los procedimientos políticos puedan ser una necesidad práctica, no hay que permitir que este énfasis en los procedimientos políticos tenga los efectos que MacIntyre describe. El empozoñamiento del debate político que él describe se deriva de un error sobre lo que se espera de los procedimientos. En un modelo «mecánico», los procedimientos políticos simplemente agregan nuestros deseos privados. En un modelo más «reflexivo» o «deliberativo» los procedimientos políticos nos permiten explorar con nuestros conciudadanos los ideales y principios con los que deseamos dotar de un marco público a nuestras vidas.¹⁹

Naturalmente, si uno cree que algo es un ideal, sin duda también deseará perseguirlo. Pero decir que eso es *sólo* un «deseo» es trivializar el tipo de demandas que plantean los argumentos ligados a ideales: son eso y algo más. Para decirlo de nuevo, si uno cree en un ideal, sin duda deseará perseguirlo imperiosamente. Pero llamar a esto *sólo* un «deseo intenso», asimilándolo al caso de alguien muy aficionado al helado de chocolate, supone de nuevo trivializar el tipo de exigencias presentes en los argumentos relativos a ideales: somos (y creo que deberíamos ser) sensibles a la percepción del bien, de la justicia y de la verdad de otras personas de una manera que va mucho más allá de la mera percepción de la intensidad de los deseos que se derivan de esas percepciones.

Todo esto tiene, a mi juicio, importantes implicaciones en cuanto a los recursos que el liberalismo ofrece a los verdes en el logro de sus objetivos políticos. Una de ellas tiene que ver con la política de la persuasión. En cuanto liberales no podemos —excepto quizá dentro de las restricciones que propone Raz— imponer valores a quienes no los comparten. (De hecho no somos capaces de imponer valores a mucha gente: lograr convertir una mayoría considerable suele bastar para los objetivos prácticos de la política liberal.) Pero es una pobre imagen de la política suponer que el debate político se

reduce a debatir sobre lo que el gobierno debería imponer a la gente. Muy por encima de eso, el debate público trata sobre el tipo de personas que somos y deseamos ser.

Existe una diferencia entre querer encontrar nuestro propio camino y querer convencer a los demás para que nos acompañen. Por eso, cuando los defensores del pez amenazado de extinción dicen: «¡No construyan la presa!», no están diciendo solamente: «Esto es lo que pienso: veamos cuántos están de acuerdo». Lo que dicen realmente es: «Eso es lo que pienso, y creo que es lo que Vds. deberían pensar y voy a decirles por qué». El debate político consiste en tratar de persuadir a los demás, no sólo en registrar votos que van a ser triturados por una maquinaria para producir un resultado político.

¿Qué ocurre si uno no es capaz de persuadir a bastantes personas para que lo sigan? Una respuesta liberal sería la de Barry: Vd. no puede hacer que lo sigan; tiene que aceptar la voluntad de la mayoría (o de cualquier otro procedimiento existente para decidir cosas de esa naturaleza). Pero el liberalismo podría ofrecerles a los verdes —y a otros cruzados de ideales políticos— otras opciones alternativas.

No olvide que el liberalismo es primordialmente una teoría del gobierno limitado. Los liberales piensan que hay cierto tipo de cosas que el gobierno no debe hacer a las personas, por muy grande que sea la mayoría que así lo desee. Esto está codificado en términos de derechos humanos, escrito en las constituciones nacionales y en el derecho internacional. Entre las cosas que los liberales consideran que el gobierno no debe interferir se encuentra en primer lugar la diversidad de concepciones de las personas sobre la verdad religiosa. No creemos que una mayoría (escasa o amplia) deba bastar para permitirnos pasar por encima de las creencias religiosas de otra gente. No tenemos que creer en los dioses de otras personas para pensar que no debemos permitir a otros blasfemar contra ellos.

Cierto tipo de intereses, pues, gozan de especial consideración bajo los principios liberales, entre los cuales la religión es un elemento de primer orden. Se ha invertido mucho esfuerzo intentando generalizar los principios de la tolerancia religiosa en una teoría del liberalismo de mayor envergadura. (Ésa es una manera de leer *Political Liberalism* de John Rawls, por ejemplo.)²⁰ Sea cual fuere esta formulación general, los verdes podrían reclamar que ofreciese cabida a mi «teoría verde del valor» junto a los principios religiosos convencionales sobre la base de que unos y otros «dan sentido a la vida de las personas».

Si ese argumento se abre paso, la asunción de una actitud respetuosa del gobierno hacia la naturaleza quedaría justificada básicamente por las mismas razones que apoyan su cuidadosa actitud hacia la sensibilidad de las minorías religiosas dentro de la comunidad. Entonces el gobierno debería prohibir la tala de bosques centenarios exactamente por las mismas razones por las que debería prohibir que se deje pastorear una piara de cerdos por el terreno de una mezquita.

A.D. Se trata de una idea realmente interesante que no he visto nunca totalmente desarrollada —¡aunque esto no significa que no lo haya sido! Incluso ofrece lo que considero una conexión, más que una ruptura, entre el *bien* y la *vida buena*. Quiero decir que el ciudadano o ciudadana liberal y medioambientalista consideraría como un deber político procurar persuadir a sus conciudadanos de las virtudes de su propia concepción de la vida buena, que a su vez contiene una idea ecológica del «bien». La vida buena es antropocéntrica sólo en la medida que es inevitablemente vivida por seres humanos:

será ecocéntrica si es vivida en referencia al tipo de vida circunscrito y presupuesto por su teoría verde del valor. Al menos así me parece a mí. Pero el análisis del medioambientalismo —o del ecologismo cívico— daría para otra entrevista y, lamentablemente, el tiempo de ésta ya se agotó. Mark Sagoff se preguntaba una vez²¹ si los medioambientalistas podían ser también liberales, y muchos habrán considerado a través de su teoría que no sólo *pueden* ser liberales, sino que quizá —si le he leído bien— *deben* serlo, dado que los procedimientos de la imparcialidad liberal —con una dosis de democracia deliberativa— ofrecen la mejor oportunidad para llevar a cabo las transformaciones políticas requeridas por la agenda medioambiental y ecologista.

Le agradezco mucho, Bob, haber hecho un hueco en su apretada agenda para participar en esta conversación y espero que, en un futuro próximo, tenga la oportunidad de relacionarse personalmente con la comunidad hispano-hablante dedicada a la teoría política.

NOTAS

1. R. Goodin, *Green Political Theory*, Oxford, Polity Press, 1992.
2. Publicada como *The Politics of Rational Man*, Londres, Wiley, 1976.
3. «Nomoral nukes», *Ethics*, 90 (abril 1980), 417-449.
4. «Fundamentalistas» y «realistas», respectivamente. Alude a los apelativos con que suelen identificarse las dos principales corrientes políticas en el seno del partido de Los Verdes alemanes (*N. del T.*).
5. O como prefiramos llamarlo; ya sabe que me gusta distinguir entre ecologismo y medioambientalismo, pero permítame dejar las sutilezas hasta o a menos que lleguen a ser importantes.
6. F. Fukuyama, *The end of History and the Last Man*, Londres, Hamish Hamilton, 1992.
7. J. Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971, pp. 90-95.
8. Esta frase la robé de «Justice between generations», de Brian Barry, en P.M.S. Hacker y J. Raz, *Law, Morality and Society*, Oxford, Clarendon Press, 1977, pp. 268-284. La idea general me la impulsó con más fuerza *The End of Nature*, de Bill McKibben, Nueva York, Random House, 1989.
9. Cfr. su *Green Liberalism*, Londres, UCL Press, 1998.
10. «Simian Sovereignty», *Political Theory*, 25 (dic. 1997), pp. 821-849.
11. *Protecting the Vulnerable*, Chicago, University of Chicago Press, 1985.
12. Ver, por ej., *In Defense of Economic Growth*, Londres, Cape, 1974, y «Intergenerational equity and the environment», *Journal of Political Philosophy*, 5 (1997), pp. 392-405. Pero Beckerman no está sólo entre los economistas en tal sentido: cf. por ej., el tratamiento de este tópico por William J. Baumol en «On the possibility of continuing expansion of finite resources», *Kyklos*, 39 (1986), pp. 167-179.
13. Pp. 65-73.
14. Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 149-151.
15. Notre Dame, Ind., University of Notre Dame Press, 1988, p. 343.
16. *Ibid.*, p. 344.
17. *The Morality of Freedom*, Oxford, Clarendon Press, 1986.
18. John Passmore, *The Perfectibility of Man*, Londres, Duckworth, 1970.
19. Es un tema familiar en toda una serie de obras, entre las cuales la más famosa en el contexto medioambientalista es la de Mark Sagoff, *The Economy of the Earth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988. Para mi aportación al tema ver «Institutionalizing the Public Interest», *American Political Science Review*, 90 (junio 1996), 341-343.
20. Nueva York, Columbia University Press, 1993.
21. *Op. cit.*, pp. 146-170.